La libertad de C. J. C.

Hoy, querido Camilo, nos hemos reunido contigo estas personas que estás viendo, para cumplir una doble misión: hacerte saber por nosotros mismos nuestra admiración y nuestra amistad, y representar a las muchísimas que por una razón o por otra no han podido acompañarte. Somos, en suma, amigos tuyos y diputados del «celismo». Doble satisfacción y doble honor.

Diputados del «celismo». Pienso yo que actuando como tales representamos a tres grupos de hombres. Ante todo, a los que no han podido venir porque les cubre la tierra: muchos y muy altos varones en el duro oficio de escribir y en el oficio, agrio y alegre a la vez, de ser español. Voy a nombrar a unos pocos: a don Pío Baroja, que hoy habría dejado su sillón y su manta para estar contigo; a Azorín, que después de la clara oración primera de activa que ha sido su vida, acaba de írsenos; a don José Ortega, que te hablaría con su grave voz y su espléndida y suculenta palabra; a don Gregorio, que tan bien supo escribir para ti, y que sin duda nos ronda invisiblemente con su presencia ofrecedora y amistosa.

También representamos a los que por razón de ausencia espacial no han podido venir. Los organizadores de esta comida han sabido brindarnos a quienes aquí estamos la más noble y honrosa de las compañías. Con nosotros está don Ramón Menéndez Pidal: su nombre basta. Con nosotros está Pablo Picasso: su obra colma. Con nosotros está Severo Ochoa, que sigue

mostrando gloriosamente cómo con un corazón español se puede hacer ciencia de la más excelsa calidad. Mas también otros cuyos nombres no figuraban en la convocatoria y Rafael Penagos acaba de pronunciar. Déjame que por mi cuenta recuerde yo a uno de ellos, Américo Castro. Don Américo, al que tú acabas de dedicar el mejor de los homenajes —el de asociarle una vez más a Cervantes y a Don Quijote— y que desde la ribera del Pacífico sigue enviándonos Californias de esclarecida pasión española.

Otros hay, además, con nosotros: los que no han venido porque no han podido venir; los que no han leído la convocatoria porque no leen periódicos, y acaso porque no saben leer; los españoles anónimos que tú, con tu obra, has hecho amigos nuestros. Esos modestos practicantes de oficios vagos y múltiples por toda la anchura de las dos Castillas. Esos pobres tontos de aldea que tú nos has enseñado a amar. Esos niños pasmados o activos, tal vez un poco crueles, que en las madrugadas, como aquélla en que tú saliste a recorrer la Alcarria, escarban con un palito una boñiga caliente, y así están dando fe de su condición de criaturas españolas. Todos estos, Camilo, te agradecen hoy la merced de su existencia: existencia nombrada, en aquellos que no pasaban de ser entes humanos posibles; existencia literaria, en aquellos que, teniéndola real, habían de consumirse quietos y mudos en tantos y tantos pueblos de esta España nuestra.

Todos con nosotros y contigo, los ausentes por la muerte, los ausentes por la distancia, los ausentes por

la ignorancia. Ellos y nosotros hemos venido aquí para decirte unas cuantas cosas: que nos complace ser amigos tuyos; que agradecemos el hecho de que existas y escribas; que queremos celebrar públicamente el nacimiento, hace ahora veinticinco años, de un gran escritor de nuestras letras, uno de esos cuyo nombre encabeza más de una página en los manuales escolares de Historia Literaria.

De tu pluma salió entonces Pascual Duarte, el personaje por el cual ha vuelto a existir entre nosotros, a la manera de nuestro siglo, una novela ejemplar. Pícaros de oficio, Rinconete y Cortadillo fueron los protagonistas de una novela que su autor quiso llamar «ejemplar». ¿Por qué no ha de serlo, a su modo, Pascual Duarte? ¿Por sus crímenes, por la casi animal impavidez con que él llegaba al homicidio? Este pobre Pascual que tú pusiste ante nosotros era un hombre que mataba porque en su país no le habían enseñado que dejar vivir y hacer vivir son cosas más nobles que matar. Así mirado, tu *Pascual Duarte* es, creo yo, una novela ejemplar, una ejemplar novela ejemplar. Y ahora, a los veinticinco años de habér surgido a la existencia literaria, cuando el hombre Pascual Duarte no es más que un montoncito de huesos bajo la tierra de Celtiberia, le sentimos junto a ti, porque tú le hiciste nacer y porque a través de tu pluma pudo ver el reverso de su propia vida: el proyecto de un modo de ser español, en el cual el matar esté muy por debajo del hacer vivir.

Pero yo pienso que no sólo por tu *Pascual Duarte*, y por tu *Colmena*, y por tu *Viaje a la Alcarria*, y por

todos tus restantes libros, y por todas esas criaturas de España, y por todos esos seres casi inútiles que junto a los carriles de Entrevías toman el sol queriendo vivir a toda costa, estamos ahora alegres de convivir contigo; también por otra cosa. Hablo por mí, y pienso que tal vez hable por varios, quizá por muchos. En todo caso, hablo por mí, Camilo, y tengo la imperiosa necesidad de decirte algo. Yo estoy aquí, desde luego, porque soy viejo lector tuyo, porque te admiro y porque soy tu amigo. Mas también porque veo en ti un escritor que ha ido afirmándose como tal afirmando a la vez, y cada día de un modo más patente, su libertad de escritor. Estoy aquí y hablo aquí, Camilo, porque veo realizarse en ti algo que por sí mismo es hermoso, la diaria conquista de esta verdad, todavía desconocida por muchos: que no se puede ser verdadero escritor sin ser hombre libre. Tú, que en tu provecho podías haber elegido otro camino, has querido elegir en tu beneficio el que había de afirmarte a ti mismo como persona libre y escritor libre.

Hace bastantes años, antes, desde luego, de que la moda del existencialismo surgiese en el mundo, un pensador español, Xavier Zubiri, nos enseñó a distinguir entre la «libertad de» y la «libertad para». Pues bien, yo pienso que tú, con tu vida de escritor, has hecho algo para mostrar a los españoles que con la pluma en la mano se puede ser «libre de» y «libre para». Libre ¿de qué? De aquello que más fuerte y directamente amenaza nuestra libertad: el Poder. Libre del Poder. Cuidado: yo no quiero hacer aquí una diatriba contra

el Poder. Yo sé que el Poder debe existir y que puede ser noble cuando son nobles las creencias sobre que descansa y los modos con que se le ejercita; pero también sé que el escritor sólo puede ser verdaderamente fiel a su oficio cuando frente a ese Poder se afirma a sí mismo como escritor libre. Y esto es, Camilo, lo que tú has querido hacer y vienes haciendo.

Frente al Poder se puede ser libre de dos modos. Ahora que un cincuentenario parece imponer planetariamente el campo de donde se toman los ejemplos, si éstos han de ser llamativos, yo diría que frente al Poder puede el escritor ser libre de dos maneras principales, que tipificaré con dos nombres: la libertad Shólojov y la libertad Pásternak. La primera consiste en actuar como escritor desde las mismas creencias políticas que dan vida, ejercicio y algunas veces legitimidad al Poder que uno tiene sobre sí. La segunda consiste en vivir y escribir fuera de esas creencias, tal vez contra ellas.

No discutiré yo la licitud de esa primera manera de usar la pluma. Gracias a que como escritor y como hombre es Shólojov «auténtico» —repitamos la vieja y querida palabra—, *El Don apacible* puede ser y es una gran novela. Comprometido sinceramente con ciertas creencias, su autor actúa y escribe como hombre libre. Debo decir, sin embargo, que a mí, y creo que también a ti, nos gusta y nos importa más la libertad Pásternak que la libertad Shólojov. Respetamos ésta y admiramos, cuando de veras son valiosas, las obras que de ella proceden; pero preferimos el otro modo de ser libre,

y nos gustan más las obras que en él se incuban y de él nacen. Una observación grave tenemos que hacer, por añadidura, a la libertad Shólojov: que su ejercicio sólo puede ser digno cuando el escritor admite como necesaria e inexcusable, y así lo proclama, si llega el caso, esa radical y arriesgada manera de ser libre que he llamado libertad Pásternak. Si el ejercitante de aquélla no reconoce a ésta como válida y legítima, entonces ya no es un hombre libre, es un hombre servil. Un hombre —vamos a bajar el diapasón, vamos a decirlo con el buen tono del siglo XVIII— que actúa como ciertos predicadores de que nos habla el «Fray Gerundio»: los que suben al púlpito, invocan al Espíritu Santo y al santo titular de la novena o el triduo, siguen su sermón por este tenor «y no están pensando más que en sus convenenzuelas». Convenenzuelas: deliciosa palabra. Pues bien, la manera de demostrar que uno no está pensando en sus convenenzuelas cuando es libre al modo de Shólojov, consiste en afirmar que puede y debe ser real la existencia y la obra de los escritores libres al modo de Pásternak. Y para el buen entendedor, acaso basten estas pocas palabras.

Creo, Camilo, que por razones de carácter, biografía y circunstancia histórica, a ti, a mí y a otros muchos con nosotros nos viene mejor este último modo de entender la libertad. El que tú, sin melancolía ni sentimentalismo, con briosa, garbosa y un poco tremendista alegría, has querido seguir. El camino de aquellos a quienes, para buscar un ejemplo en otro campo, nos gusta más Bernard Shaw que Rudyard Kipling. Por esto,

y no sólo por el recuerdo de tu «Pascual Duarte», he querido yo hablar en tu homenaje.

Los españoles tenemos un venero de citas que nunca nos falla: el *Tenorio*. A él recurro yo con frecuencia. Todos recordamos cómo en la primera escena del drama está Don Juan escribiendo la cuenta de sus fechorías, y cómo junto a él hablan entre sí, para presentárnoslo, Ciutti y Buttarelli. «Largo plumea», dice éste, y Ciutti responde: «Es gran pluma». Camilo, en ti contemplamos el manejo frecuente, acaso no tan frecuente como muchos quisiéramos, de una gran pluma española. Una de esas cuyo titular es nombrado con extensión y elogio en los manuales que deben aprender los escolares. ¿Te das cuenta de lo que esto significa? ¿Adivinas la emoción del alumno de sexto de bachillerato o de preuniversitario que ha leído tu nombre y tu hazaña en su libro de texto, y luego, en una acera de la calle de Ríos Rosas, se encuentra contigo? Porque eres gran pluma, porque eres gran pluma libre, yo, para terminar, sólo esto quiero decirte: «En nombre de todos esos mozalbetes que no escarban con un palito la entraña de las boñigas, que escolarmente han leído el elogio de la parte ya escrita de tu obra y que cuando sean mayores leerán por gusto la parte de ella que todavía has de escribir, en nombre de esos mozalbetes, Camilo, esto te pido: que no les defraudes».

PEDRO LAÍN ENTRALGO

(Palabras pronunciadas en el homenaje a C. J. C.)

Real Academia Española